

Notas y Comentarios

EL MARCO NO ES UN ADORNO Nuevas circunstancias para la filosofía

MANUEL CRUZ*

Síntesis

De las muchas amenazas que se ciernen hoy sobre los discursos humanistas tradicionales acaso la más visible sea la que tiene que ver con el lenguaje en cuanto tal, esto es, con la posibilidad de la comunicación. George Steiner, siendo como es un decidido defensor del retorno al misterio de las palabras, constataba el agotamiento del lenguaje al que han llevado la propaganda y la publicidad o, más en general, los modernos medios de comunicación de masas, que no en vano fueron considerados por los filósofos de la Escuela de Frankfurt como poderosos instrumentos de manipulación de las conciencias. Pero ese agotamiento, con toda su gravedad, es sólo un indicio: el trasunto de un cambio social de mucha mayor envergadura, al que quisiéramos hacer referencia a continuación. Las vicisitudes por las que están pasando últimamente las humanidades deben ser leídas bajo esta clave, entre otras cosas porque el margen de acción que pueda haber para su defensa depende directamente del acierto en el diagnóstico.

Consideraciones previas

A la discusión que tuvo lugar en las facultades universitarias españolas con ocasión de la aplicación de los nuevos planes de estudio le está siguiendo, con una distancia temporal relativamente breve, el debate acerca de la situación en la que van a quedar las disciplinas humanísticas (y en particular la filosofía) en el nuevo bachillerato si las previsiones de las autoridades educativas se cumplen. La sucesión de ambos debates no es mera coincidencia, claro está. Se nos ha concedido el dudoso privilegio histórico de asistir, en cierto modo protagonizando, a un proceso de profundas transformaciones no sólo en el ámbito de la educación, sino también en el de la cultura en general. Lo que sigue no pretende

* Catedrático de filosofía en la Universidad de Barcelona.

ser mucho más que un conjunto de apresuradas consideraciones de circunstancia, esto es, *acerca de las circunstancias* que nos está tocando vivir a este respecto y acerca del modo en que ello obliga a reconsiderar el lugar del humanismo y la comunicación en la configuración y transmisión del saber.

Conviene demorarse un poco en el análisis de dichas circunstancias por una cuestión de procedimiento. Los términos en los que, con frecuencia, se plantean este tipo de discusiones tienen la rara virtud de ejemplificar una persistente dificultad para pensar las cosas en términos globales. No se está diciendo que sea fácil alcanzar esa mirada global. Ciertamente, no es fácil determinar qué *merece ser enseñado* y qué no: el mismo enunciado ya debiera provocar un ligero respingo. La dificultad señala el tamaño de los problemas a los que toca enfrentarse. Se le podría añadir otra, nada menor: también se habla de establecer jerarquías dentro del mérito (los hay que se ven capaces de establecer *qué debería ser obligatorio saber*).

En muchas ocasiones, a qué negarlo, el reduccionismo en el análisis es el rostro racional del interés. No hay por qué ocultarlo: se defienden parcelas de conocimiento, materias o enseñanzas según la particular situación y las particulares perspectivas del defensor. Pero, insisto, no se trata ahora de debatir sobre la más que probable patrimonialización de la función pública, sino de intentar aproximarse a un modo de abordar las cuestiones. Los planteamientos *ad hominem* suelen tener un ámbito de validez limitado: llega, inevitable, el momento en que hay que dejar de hablar de la persona para atender a sus argumentos. O, yendo a lo que nos importa, hay que atender a lo que esos argumentos omiten u olvidan. El *donde se quiere ir a parar* está anunciado desde el principio. Sin una referencia a la reorganización de la cultura superior que se viene produciendo en los últimos años en los países desarrollados no puede haber debate propiamente dicho ni, por tanto, clarificación posible acerca de las virtualidades que ofrecen las disciplinas humanísticas. Sin esa referencia nada se entiende, en realidad.

La reorganización de la cultura superior

Todos los indicios parecen apuntar a lo mismo: estamos asistiendo a una auténtica reestructuración de la división del trabajo intelectual, en la que a la Universidad pública se le asigna una función eminentemente reproductiva en tanto que lo más creativo de la antaño denominada "cultura superior" estaría progresivamente en manos de la iniciativa privada (o privatizante, si se permite la expresión). Los *nuevos estudiantes* —competitivos, estajanovistas, japoneses en suma— parecen haber percibido bien la actual situación. Mucho mejor, sin duda, que sus profesores, corporativizados (¿o habría que decir "corporativizados"? —no se termina de saber si a su pesar—. Las facultades de letras, pongamos por caso, únicamente pueden aspirar, en el mejor de los supuestos (piénsese en el creciente paro de licenciados y en las aún peores expectativas a corto plazo), a formar los futuros profesores de enseñanzas medias. No acaba de verse a qué otra labor podrían aplicarse. Se argumentará que en las aulas de las universidades todavía se imparten otra calidad de cursos. Cursos "mundanos", por ejemplo, de gran éxito entre el alumnado, o de alta especialización, por lo general poco visitados. Es cierto: *todavía*, pero con una tendencia, se me antoja que imparable, a cambiar de ubicación. Mientras los segundos tienden a desplazarse hacia institutos de investigación o hacia programas de tercer ciclos (postgrado o doctorado), los

primeros constituyen apenas la versión económicamente asequible de lo que, cada vez con más propiedad, se hace fuera de la Universidad.

En efecto, cajas de ahorro, colegios profesionales, universidades de verano (versión privada de lo público), etc. no sólo acogen aquellas actividades que habrían devenido inútiles en su lugar de origen (¿de qué sirve a un profesor de COU sus conocimientos sobre el amor cortesano o sobre la posmodernidad?), sino que empiecen a configurar una imagen de la cultura en cierto modo diferente. Es verdad que determinados rasgos con que hoy se nos aparece la cultura humanística no son más que una profundización o radicalización de condiciones heredadas, pero lo que ahora interesa, cómo no, es la globalidad de esa imagen y, al igual que antes, lo que en ella se omite u olvida. No hace falta insistir en lo ya sabido: el renacido carácter ornamental —según parece, ha recuperado un cierto prestigio social el ámbito de la cultura—, el agudizado carácter económico —el arte como el nuevo dominio de los especuladores—, esa aplicación vicariamente administrativa —triste triunfo de la matemática: determinadas actividades contabilizan como méritos, son puntos, en concursos de acceso para funcionarios—, el descubrimiento por parte del gran público de los intelectuales en tareas lúdico-recreativas —"hablen como si estuvieran solos; su brillantez es el único placer de la palabra a nuestro alcance": charlistas en lugar de poetas, tertulianos en lugar de filósofos—, etc. Todo esto significa mucho más que un mero desplazamiento. No es lo mismo de antes sólo que en otro sitio. La mudanza ha traído consigo cambios, alguno de los cuales puede expresarse en términos de pérdida. Parece un hecho que entre los rasgos de esta cultura superior reubicada no se encuentra la crítica.

Quedará bastante claro que apenas de nada sirve introducir en este contexto consideraciones más o menos psicologistas (del tipo "los viejos críticos han cambiado tanto..."). Con completa independencia de transformaciones, renunciadas o evoluciones personales —que de todo ha habido, como bien se sabe— la desaparición parece tener que ver con el caso de su función. En un sentido bastante propio habría que decir que no ha lugar para la crítica. Nadie le ha asignado un lugar en los nuevos emplazamientos, y acaso con buen criterio. Perdida la antiguas complicidad con los interlocutores ¿qué sentido podría tener una crítica a la totalidad, un rechazo global de lo existente? Por eso no se trata de una cuestión psicológica. Ni siquiera un cínico podría sacarle partido a esta situación. En una cultura metida de hoz y coz en el mercado y empapada de su lógica, que no es otra que la de la rentabilidad, la crítica no puede sobrevivir, por lo menos en las formas en que hasta ahora se ha venido produciendo.

En este punto, alguien podría argumentar que, en el caso particular de la filosofía, acaso lo que se está produciendo es una profundización de la diferencia entre filosofía académica y filosofía mundana. He de decir que soy francamente escéptico respecto a la operatividad de dicha distinción, y no tanto porque podamos encontrar de todo en todas partes, como porque la filosofía mundana parece estar ganando la batalla. Esa filosofía, desde luego, no parece estar dando los últimos estertores. Al contrario, se diría que en algunos países atraviesa por un momento de relativa auforia. Un cierto tipo (o estilo) de filósofos aparece reiteradamente en los medios de comunicación de masas, del mismo modo que es fácil encontrar una cierta clase de títulos en las listas de libros más vendidos (apartado "no ficción").

Acerca de la necesidad de ser (auto)críticos

En este contexto, tan sumariamente esbozado, nada tiene de extraño el diseño que se está ultimando de la filosofía (y, por extensión, de las humanidades) en el nuevo bachillerato. Probablemente constituya el hasta el momento último episodio de una ofensiva que puede ser enunciada en diversas formas, pero cuya sustancia es sólo una. Podemos valorarla como la pérdida de la hegemonía que hasta ahora detentaba la filosofía en el ámbito del pensamiento —hegemonía que, como es fácil de percibir se ha desplazado hacia otros discursos (sociología, psicología, historia...): hoy son los profesionales de dichos discursos quienes ocupan el lugar preeminente en los grandes medios de comunicación de masas— o, según se ha intentado argumentar, como un ataque frontal a la posibilidad misma de la crítica. Pero, escojamos la formulación que escojamos, no sería bueno encastillarse en el agravio, cargarse de razón para mejor lamentarse. Quien hace bandera de la crítica no debiera temer aplicársela a sí mismo. Tal vez alguna responsabilidad (no importa el tamaño) nos corresponda en lo que ha terminado por suceder: nos conviene pensarlo por si todavía hay margen para actuar. Quizá hayamos sido, en más de una ocasión, poco cuidadosos con aquello cuya custodia se nos había encomendado. ¿Qué estudiante de filosofía, en el bachillerato o incluso en la propia Facultad, no ha tenido la oportunidad de escuchar, de labios precisamente de los profesores de la materia, una argumentación displicente hacia el discurso filosófico, en la que se enfatizaba su inutilidad, su alejamiento de la realidad, su carácter ideológico, cuando no la conveniencia de su desaparición? Habrá que comprender la perplejidad de ese mismo estudiante cuando escuche en estos días, de esos mismos labios, la apasionada defensa de la filosofía como último bastión de la crítica.

Esta consideración debiera llevar a otra, de orden algo más práctico. Lo que el debate parece haber puesto en primer plano, al margen de la conveniencia de mantener un espacio para el discurso filosófico, es la necesidad de reflexionar sobre sus contenidos, extremo éste en el que una segunda consideración autocrítica no estará de más. Porque no sería bueno, en ningún sentido y para nadie, que bajo el lema altisonante "defendamos a la filosofía como el último saber crítico-emancipatorio" (o algún otro parecido) se mantuviera una propuesta conservadora —esto es, perpetuadora de lo que ya hay— desde el punto de vista de los contenidos. Episodios como el de las preguntas, casi ininteligibles, formuladas a los estudiantes de COU en la prueba de selectividad de hace un par de años en las universidades catalanas merecen no caer en el olvido. No es intuitivamente evidente que el libro *A de la Metafísica, la Crítica de la razón pura o Ser y tiempo* constituyan la mejor manera que tiene el estudiante de bachillerato de acceder a ese horizonte que se proclama deseable. Hay que pensar bien —y decirlo claro— por dónde se quiere empezar y en qué se quiere terminar. Hay que estar a la altura de la propia propuesta.

Otro vínculo con la tradición, unos nuevos clásicos

Entre una actividad cultural recreativo-ornamental y una enseñanza media y superior exclusivamente reproductiva de sí misma (y ajustada a los intereses de sus actuales inquilinos) acaso pueda habilitarse un espacio para quienes están por el conocimiento de lo real y por el cuestionamiento global de lo dado. Pero conviene advertir que en ese quiénes

no están todos. Desde perspectivas claramente diferenciadas, a menudo se plantea el mismo mensaje: la filosofía ha devenido inútil. Para unos porque resulta anacrónico postular otra forma de conocimiento que no sea el de la ciencia, para otros porque la filosofía no es más que una variante de la literatura (apartado "novela de ideas"). Pero algunas iniciativas —como la representada, sin ir más lejos, por esta misma revista— nos permiten alimentar la esperanza de que la disyuntiva mencionada al principio todavía no es una tenaza. A los presuntos detentadores del monopolio gnoseológico habría que decirles que hay un trabajo académico posible que no se identifica con una estéril erudición ni, muchísimo menos, con un alicorto utilitarismo. Y a los cultivadores de fáciles radicalismo verbales (presuntos detentadores ellos del monopolio de la desesperación ante el presente), que cabe una actividad teórica crítica que, hundiendo sus raíces en el estudio de la tradición, intente ayudar a pensar todos los problemas con los que tienen que medirse los hombres de hoy.

Acabaremos ya. Esta última referencia al presente resulta rigurosamente insoslayable para abordar las nuevas tareas que le corresponden en nuestro tiempo a la actividad humanística. La tradición sólo vale como impulso, no como lastre. Los clásicos que nos sirven son aquellos que nos permiten seguir creando y viviendo, incluso en circunstancias que para ellos eran imposibles de imaginar. ¿Se puede ser algo más concreto? Cómo no: variar nuestra nómina de autoridades debiera ser una primera medida. Abrirle un espacio a autores como Berlin, Canetti, Steiner o Benjamin, no siempre presentes en los programas académicos convencionales. Hacerles un hueco, a pesar de su condición de figuras decididamente imposibles. Porque son tan imposibles como inevitables. Ellas, junto con algunas más (no me resisto a mencionar el nombre de Hannah Arendt) dibujan un marco general de inteligibilidad, representan un esfuerzo particularmente lúcido por entender esta extraña época que nos ha tocado vivir. O, con otras palabras, tal vez más adecuadas a lo que se está tratando: nos señalan qué es hoy posible en materia de pensamiento. La sombra de Adorno planea sin duda sobre lo que decimos. Su lema "lo que sería distinto todavía no es" conforma un dudoso horizonte de expectativas en cuya distancia estamos condenados a movernos. Porque ese *todavía* nos condena a ser responsables, a ser militantes de aquello que declaramos creer. A fin de cuentas, ¿de quién, sino de nosotros mismos, depende lo distinto?